

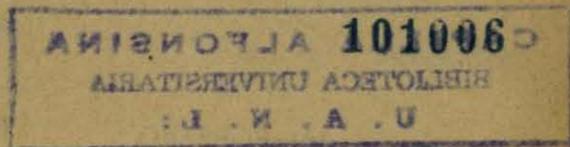
# Aben-Humeya

Tragedia morisca en cuatro actos y en verso

original de

Francisco Villaespesa

Esta obra fué estrenada, con clamoroso éxito, en el teatro Cervantes, de Granada, en la noche del 18 de noviembre de 1913, por la compañía de la insigne trágica Carmen Cobeña.



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21—Calle de San Pablo—21

1915

32542



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor para "Teatro Mundial".

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

35213

PA 6641  
I6  
A3

## A Natalio Rivas

Por el perenne y fervoroso culto que habéis alzado en el fondo de vuestra alma a la gloriosa y pródiga tierra que guarda las nobles cenizas de nuestros muertos, por todo cuanto habéis hecho por glorificarla, y por lo que aun esperamos de vuestro esfuerzo, le dedica este poema alpujareño, estos cantos de amor y de sangre, de odio y de guerra, su devoto paisano y amigo

Francisco Villaespesa

Laujar de Andarax, 16 de diciembre de 1913.

# REPARTO

## PERSONAJES

## ACTORES

	EN MADRID	EN GRANADA
Zahara.	Sra. COBEÑA.	Sra. COBEÑA.
Doña Isabel de Mercado.	ROBLES.	LOMBERA.
Damar.	NAVARRO.	GARRIGÓ.
Zoraida.	MÉNDEZ.	DÍAZ.
La Huérfana.	MÉNDEZ.	DÍAZ.
La Hermana.	NICOLÁS.	ROIG.
La Viuda.	ÁLVAREZ.	BUSTAMANTE.
La Demente.	NAVARRO.	NICOLÁS.
Morisca 1. <sup>a</sup>	ZALDÍVAR.	ZALDÍVAR.
Morisca 2. <sup>a</sup>	PÉREZ.	PÉREZ.
Aben-Humeya.	Sr. BORRÁS.	Sr. MUÑOZ.
Ben-Alguacil.	MUÑOZ.	GUIRAU.
Don Álvaro de Flores.	COBEÑA.	COBEÑA.
Don Lope de Atienza.	CANTALAPIEDRA.	MANSO.
Don Diego del Río.	RAMÍREZ.	MANSO.
Aben-Abó.	GONZÁLVEZ.	TRESCOLÍ.
Huezín.	TATAY.	PEDROSA.
Peláez.	CATALÁ.	PEDROSA.
Vilches.	COBEÑA.	CARBÓ.
El Habaquí.	COBEÑA.	CARBÓ.
El Cañari.	TRESCOLÍ.	TRESCOLÍ.
El Partal.	VIÑAS.	COBEÑA.
Almendari.	CATALÁ.	PEDROSA.
Pregonero.	RAMÓN.	ROIG.
Soldado 1. <sup>o</sup>	HUARTE.	HUARTE.
Soldado 2. <sup>o</sup>	ROIG.	ROIG.
Morisco 1. <sup>o</sup>	AYRÁS.	AYRÁS.
Morisco 2. <sup>o</sup>	CRISTÓBAL.	CRISTÓBAL.

Cautivas, moriscas, soldados, moriscos y turcos.

La acción pasa en Granada y en las Alpujarras, en 1567-1569.

El maestro Ángel Barrios compuso para ella tres inspiradísimos momentos musicales.



## ACTO PRIMERO

Una plaza en la cima del Albaicín, desde donde se divisan, glorificadas por el oro y la púrpura de la tarde, las magnificencias de la ciudad y las maravillas de la Alhambra. Entre la verde primavera de los jardines se destacan trágicamente los bermejos torreones del alcázar real, y las severas fortificaciones que lo defienden, custodiando con un cinturón de murallas los fabulosos tesoros del más glorioso ensueño nazarita. A la izquierda, un aljibe de doble arco, empotrado en el muro de un viejo torreón practicable, al cual se asciende por una pequeña esdalinata de piedra. En primer término, la fachada blanca de cal y reluciente azulejos de una rica vivienda morisca. Puerta estrecha. Ajimeces de mármol, con espesas celosías de colores. A la derecha, otras casas, y en primer término, una callejuela. En el centro de la escena, una hoguera encendida. **Empieza a declinar la tarde.**

### ESCENA PRIMERA

ZAHARA, DAMAR, ALMENDARI, moriscos y moriscas.

Los moriscos, sentados a las puertas de sus casas, en la escalinata del algibe y en el balustre del fondo de la plaza, silenciosos e inmóviles, con la cabeza entre las manos, profundamente abatidos. Las moriscas forman un semicírculo en torno de la hoguera, agitando sus almáizales.

ZAHARA

(Con el almaizal en las manos.)  
**¡ Blancos almaizales,  
 celajes de gasa,  
 donde como estrellas**

en nubes de plata,  
de las granadinas  
los ojos brillaban ;  
puesto que ya nunca  
velaréis sus gracias,  
—así el rey Felipe  
en su edicto manda—  
sed humo y ceniza  
dentro de estas llamas !

(Arroja los velos al fuego.)

DAMAR

(Volviéndose a los hombres.)

¡ Granadinos, como hembras,  
dejad correr vuestras lágrimas,  
puesto que hombres no sois  
para salvar a Granada !

(Los hombres se retuercen de ira. Otros sollozan.  
Algunas doncellas acompañan la lamentación, ta-  
fiendo adufes y dulzainas.)

ZAHARA

(Desprendiéndose de sus ricos collares.)

¡ Frágiles collares  
de coral y ámbar,  
topacios, zafiros,  
perlas y esmeraldas,  
con broches de oro  
y engarces de plata,  
que sobre los senos  
relampagueaban ;  
puesto que ya nunca  
—así el rey lo manda—  
podréis enrosocaros  
a nuestras gargantas,  
rompeos en lluvia  
de fúlgidas lágrimas !

(Los arroja a la hoguera, rompiéndolos violenta-  
mente.)

DAMAR

(A los hombres.)

¿ No os da vergüenza quejaros  
como miserables esclavas  
teniendo las manos libres  
para manejar las armas ?

(Los hombres continúan sollozando.)

ZAHARA

(Sacando un Koran del seno.)

¡ Libro que al Profeta  
un ángel dictara,  
a compás del trueno,  
sobre una montaña ;  
como no podemos  
recitar tus máximas  
—así el rey Felipe  
en su edicto manda—  
dentro de esta hoguera  
quememos tus páginas  
porque no las manchen  
las manos profanas !

(Desgarra el Koran y arroja los pedazos a las lla-  
mas. Los hombres se cubren el rostro. Algunos se  
muerden los puños de coraje.)

ALMENDARI

¡ Oh libro santo, contigo  
se quema también mi alma !

MORISCO I

¡ Las llamas que te consumen  
a mi corazón abrasan !

ALMENDARI

¡ Es un trozo de mi carne  
cada hoja que te arrancan !

DAMAR

(A los hombres.)

¡ Si defender no podéis  
nuestra ley, con vuestra espada,  
arrancaos esas lenguas  
de raíz, como cizaña,  
antes que el aire envilezcan  
con lamentaciones vanas !

MORISCA I

¿ Para qué queréis la lengua,  
si han prohibido nuestra habla ?

ZAHARA

(Aproximándose de nuevo a la hoguera.)

¡ Danza de otros días,  
armoniosa danza  
de nuestras leleilas  
y de nuestras zambrás,  
en la que, a las luces  
de las almanaras,  
sobre la alcatifa  
de flores bordada  
sueños de amor tejen  
las ágiles plantas,

mientras nuestros cuerpos  
se encurvan y enlazan,  
como los rosales  
cuando el viento pasa !...  
¡ Ya nunca en tus giros  
flotarán al aura  
negras cabelleras  
sobre espaldas blancas !...  
Porque nos prohíbe  
nuestro rey danzarla,  
¡ sollozad, adufes,  
y plañid, dulzainas !...  
¡ Bailemos, doncellas,  
hijas de Granada,  
en torno del fuego  
la última danza !

(Algunas doncellas bailan, agitando sus velos, al son de adufes y dulzainas.)

MORISCOS

(Sollozando.)

¡ Ay de nosotros !...  
¡ Ay de Granada !

## ESCENA II

Dichos y EL CAÑARÍ, que descende del torreón.

CAÑARÍ

(A los moriscos.)

¡ Aquí los hombres llorando,  
mientras las mujeres danzan !...  
¿ No oís el pregón, que pregona  
al viento nuestra desgracia ?

(Algunos hombres se le acercan, las mujeres cesan de danzar y le rodean. Se escucha un redoble lejano de atambores.)

ALMENDARI

MORISCO I

ZAHARA

CAÑARÍ

¿ Qué nueva infausta nos traes ?

¿ Qué rigor nos amenaza ?

¿ Qué nueva tormenta, padre,  
tu adusto ceño presagia ?

Un escuadrón de soldados  
ha subido de la Alhambra  
a darle fuerza al edicto

que el rey Felipe ordenara.  
En vano ha pedido treguas  
para cumplir la pagmática,  
nuestro protector, el noble  
don Alonso de Granada,  
descendiente de los reyes  
que estos reinos gobernarán...  
¡ La Audiencia le ha desoído !

(Los moriscos sollozan. Las mujeres se indignan.)

ZAHARA

(A los hombres.)

¡ De vosotros es la infamia,  
porque lloráis como hembras  
en vez de empuñar las armas !

ALMENDARI

¿ Qué pueden hacer los brazos,  
si no tenemos espadas ?

ZAHARA

El enemigo las tiene...

¡ Cobardes, id a tomarlas,  
y haced que cumpla el cristiano  
las condiciones pactadas,  
bajo las cuales rindieron  
nuestros padres a Granada !

ALMENDARI

¡ Dios, por nuestras propias culpas,  
este castigo nos manda !...

¡ Dobleemos la frente ante  
su voluntad soberana !

MORISCO I

Sin cabeza que nos guíe,  
sin recursos y sin armas,  
¿ cómo vamos a oponernos  
a las banderas de España ?

CAÑARÍ

¡ Si no estuviere la sangre  
en vuestras venas helada,  
romperíamos los hierros  
con que el cristiano nos ata !...

¡ Sólo nuestro grito esperan  
para asaltar a Granada,  
más de treinta mil moriscos  
armados, en la Alpujarra !

(Resuenan atambores cercanos. Los soldados aparecen en la explanada del torreón.)

ALMENDARI

(Temeroso.)

¡ Silencio !, el pregón se acerca.

MORISCO I (Huyendo por la callejuela.)  
 ¡Huyamos a nuestras casas!  
 (Algunos moriscos le siguen; otros permanecen inmóviles sentados en los tramos de la escalinata y en el balaustrado de la plaza. Las mujeres se agrupan en torno de la hoguera. Sólo el Cañari permanece de pie en el centro.)

ESCENA III

Dichos, el capitán DON ALVARO DE FLORES, PREGONERO, soldados y ministriles. Silencio de expectación, redoble de atambores.

PREGONERO (Desde el torreón.)  
 ¡Vecinos de éstos barrios: en el nombre del rey nuestro señor Felipe II, que Dios guarde, a todos los moriscos que habiten en sus reinos, bajo pena de muerte, les prohíbe que hablen su ruda algarabía, que celebren sus ritos, que se envuelvan en velos, y que vistan sus trajes, que usen baños y afeites, que den zambras y fiestas, y que a la antigua usanza de su nación se casen!

(El capitán y los soldados descienden.)

ALVARO Ya el pregón habéis oído...  
 ¡Los que infrinjan la ordenanza, serán, sin más expedientes, quemados en una plaza!

(Viendo a los moriscos inmóviles.)

¿Pero qué os pasa? ¿Qué hacéis inmóviles como estatuas, sentados en los umbrales?

(Les da con el pie para que se levanten. Los soldados le imitan.)

¡Levantaos, vil canalla, e inclinaos ante el nombre del rey Felipe de España!

(Todos se levantan y se inclinan menos el Cañari, que permanece erguido.)

Gritad: ¡Viva el rey Felipe!

MORISCOS (Menos el Cañari.)  
 ¡Viva! ¡Viva!

ALVARO Reparando en la actitud del Cañari.)  
 ¿Por qué callas, tú, miserable?... ¿Eres mudo?...  
 ¡A ver si a los golpes hablas!  
 (Le cruza el rostro con la vaina del acero. El Cañari retrocede de un salto. Se palpa los vestidos como buscando un arma. Las mujeres gritan.)

CAÑARI (Haciendo un esfuerzo terrible para contenerse.)  
 También di el viva... ¡Tened más respetos de estas canas!...  
 ¡Si yo fuese como vos, la mano que me tocara, para echársela a los perros, de un golpe la cercenara!

(Don Alvaro lo golpea nuevamente. Los soldados lo sujetan. Las mujeres gritan. Sólo los moriscos permanecen silenciosos.)

SOLDADO I ¡Echadle una soga al cuello y entrémosle así en Granada!

(Los soldados atan al Cañari, golpeándole.)

ZAHARA (Saltando como una fiera delante del capitán.)  
 ¡Capitán, ese es mi padre!...

¡Oh, si yo tuviese armas, contra vos y contra todos juntos tomara venganza!  
 ¡Soltad al preso al momento, si no queréis que a pedradas, igual que a perros rabiosos, os echemos de esta plaza!

ALVARO (Mirando a Zahara.)  
 Una morisca más bella jamás vi...

(Aproximándose, con exagerada galantería.)

La faz levanta,  
 ¡que quiero admirar las glorias que Dios ha puesto en tu cara!

(La intenta sujetar por un brazo.)

ZAHARA ¡Déjame!

ALVARO ¡Vamos, morisca, acércate!

ZAHARA ¡Me acercara,

si algo, si un arma tuviera  
que clavarte en las entrañas!

(Retrocede y se ampara entre las moriscas.)

MORISCAS (Agresivamente.)

¡ Soltad al preso ! ¡ Soltadle !

ALMENDARI (Interponiéndose.)

¡ No aumentad nuestra desgracia !  
¡ Callad... y del cielo cúmplase  
la voluntad soberana !

ALVARO (A Zahara.)

¡ Tú así lo quieres, pues sea !  
¡ Soldados : id y apresadla,  
y a la hija y al padre juntos  
bajaremos a Granada !

(Los soldados se disponen a cumplir las órdenes.  
Las mujeres se les interponen.)

DAMAR (A los soldados.)

Venid por ella, si sois  
capaces de tal hazaña.

ZAHARA (Desafiante.)

¡ Aunque estos hombres, cobardes,  
(Señalando a los moriscos.)

en vez de ampararnos callan,  
viendo como ante sus ojos  
a sus mujeres maltratan,

(A los soldados.)

arremeted con nosotras,  
pues es justo que combatan  
contra indefensas mujeres  
los que a los viejos ultrajan !  
Basta de contemplaciones.  
¡ Soldados, a ellos !

ALVARO

(Al ir a acometer los soldados aparecen por el torreón Diego Alguacil y un grupo de moriscos armados.)

#### ESCENA IV

Dichos, DIEGO ALGUACIL y moriscos.

ALGUACIL (Interponiéndose.)

¿ Qué pasa ?

ZAHARA (Gritando.)

¡ Quieren llevarse a mi padre !...

DAMAR ¡ Y a ella quieren apresarla !

ALGUACIL (A los moriscos.)

¿ Y vosotros consentís  
que se cumpla tal infamia ?

Moriscos, llegó la hora  
de empezar nuestra venganza...

¡ A morir por nuestra ley  
o a triunfar por nuestra causa !

(Se dispone a acometer con un grupo de moriscos.  
Las mujeres se arman de piedras.)

ALVARO ¡ Soldados, a arcabuzazos,  
disolved esa canalla !

(Los soldados preparan las mechas, mientras otros,  
espada en mano, se disponen a acometer.)

#### ESCENA V

Dichos, DON FERNANDO DE VÁLOR, que entra por la callejuela  
y se interpone entre ambos bandos.

FERNANDO (Desembozándose.)

¡ Paso franco a un caballero  
veinticuatro de Granada !

(Al reconocerle, el capitán y los soldados se descubren. Los moriscos corren hacia él.)

ALVARO (Saludándole.)

¡ Señor don Fernando Valor !

FERNANDO Decid, capitán, ¿ qué pasa ?

DAMAR (Interrumpiéndole.)

¡ Señor, que nos atropellan !...

FERNANDO (Severamente.)

¡ Que hable el capitán ! ¡ Tú, calla !

ALVARO (Señalando al Cañarí.)

¡ Porque prendimos a este  
anciano, que se negaba  
a vitorear el nombre  
del rey Felipe de España,

ya lo veis, señor, está  
(Todos se descubren.)

ZAHARA esta chusma alborotada,  
y entrarla a razón pensamos  
con la fuerza de las armas !  
(Acercándose resuelta a don Fernando.)  
El ha ultrajado a mi padre  
sin motivos, y su cara  
cruzó, cual la de un esclavo,  
con la cinta de su espada.  
¡ Y este ultraje no toleran  
las personas de mi raza,  
pues cuando para vengarse  
hombres de valor les faltan,  
saben vengarse a sí mismas  
las mujeres de Granada !  
¡ Nos ultrajó, don Fernando !  
DAMAR ¡ Nuestra paciencia se cansa,  
ALGUACIL pues comienza un nuevo ultraje  
cuando otro ultraje se acaba !  
FERNANDO (Imperiosamente.)  
¡ Callad ! Disolveros presto...  
Cada cual torne a su casa.  
ALGUACIL Bien sabe Dios que lo hacemos  
porque tú, señor, lo mandas...  
DAMAR Sólo por ti nos marchamos,  
que si no...  
FERNANDO ¡ Moriscos, basta !  
(Al capitán.)  
Capitán, sueltad al preso...  
Yo le sirvo de fianza.  
(Los moriscos se entran en sus casas, o se van  
por la calleja, menos Zahara y Alguacil.)  
ALVARO ¡ Sólo por vos le doy suelta !  
(Los soldados sueltan al Cañarí, que se arroja a  
los pies de don Fernando.)  
CAÑARÍ ¡ Señor don Fernando, gracias !  
ALVARO (A los soldados.)  
¡ Y nosotros, a seguir  
pregonando la pragmática !  
(Saluda a don Fernando y se va, seguido de los  
soldados, por la calleja.)  
¡ Vive Dios, que de estas gentes  
luego tomaré venganza !

ESCENA VI

DON FERNANDO DE VALOR, ZAHARA, ALGUACIL  
y EL CAÑARÍ.

CAÑARÍ ¡ Mi vida, señor, es tuya !  
ZAHARA (Arrodillándose a los pies de don Fernando.)  
¡ A tus pies está tu esclava !  
¡ Bien se conoce que corre  
por tus venas la preclara  
sangre de aquellos kalifas  
que fueron gloria de España !...  
ALGUACIL ¡ Contra el cristiano, a la gente  
de tu antiguo reino ampara !  
FERNANDO (Haciéndoles levantar del suelo.)  
No vengo a daros amparo,  
sino a pedirlo...  
CAÑARÍ ¿ Qué pasa ?  
ALGUACIL ¡ Nuestra sangre, gota a gota  
verteremos por tu causa !  
ZAHARA ¡ Por ti, gustosos muriéramos  
como esclavos !...  
CAÑARÍ ¡ Señor, habla !  
FERNANDO Ya sabéis todos que soy  
veinticuatro de Granada,  
y que tengo, por Real Cédula,  
a mis padres otorgada,  
derecho a entrar donde quiera  
armado de todas armas.  
Esta tarde fui a Cabildo  
a la sesión, y llevaba  
la daga prendida al cinto  
y en el tahalí, la espada.  
Como es costumbre que nadie  
armado a Cabildo vaya,  
dejé el acero en la puerta...  
más se me olvidó la daga.  
Pero el alguacil mayor,  
el señor don Pedro Daza,  
apenas me vió, me dijo,  
con descompuestas palabras :

—Ya sabe vuesa merced que es costumbre, respetada por todos, en este sitio penetrar siempre sin armas... Conque, señor don Fernando, dejad que os quite la daga. —¡ Eso no reza conmigo— le dije, rojo de rabia, —que tengo derecho a entrar armado donde me plazca, pues procedo de la sangre de los reyes de Granada ! —¡ Sangre morisca, y, cual tal, miserable, ruín y baja !— ¡ Así repuso don Pedro !... ¡ Mas no acabó la palabra sin que la afrenta mi mano en su rostro no vengara !

—Prendedle,—gritaron todos a los soldados de guardia. Mas yo, a través de la chusma, me abrí paso con la daga... Y aquí me tenéis buscando un amparo en mi desgracia, mientras mis quejas elevo a don Felipe de España... ¡ Preciso es que, disfrazado, salga hoy mismo de Granada !

CAÑARÍ

(Insinuante.)

¡ Don Fernando, si quisierais, qué bien dejarais vengada nuestra afrenta ! ¡ Nuestra gente a alzarse está preparada !

ALGUACIL

¡ Más de treinta mil moriscos te esperan en la Alpujarra !

CAÑARÍ

¡ Para triunfar del cristiano, sólo una ayuda nos falta !

ZAHARA

¡ Coloca sobre tus sienes la corona de Granada !...

CAÑARÍ

Lo primero es que te salves... Después, señor... En mi casa

entra, y en ella hablaremos en tanto que te disfrazas.

(A Alguacil y Zahara.)

Vosotros aquí quedaros, vigilando en esta plaza ; no vaya a ser que la ronda venga a prenderle, avisada por las gentes de don Alvaro del lugar donde se halla.

FERNANDO

¡ Que el Señor os premie el celo con que amparáis mi desgracia !

ZAHARA

¿ Quién, teniendo sangre mora, no ha de morir por tu causa, si siempre has sido el escudo de las gentes de tu raza ?

(Entranse don Fernando y Cañarí en la casa. Zahara y Alguacil permanecen en escena. Empieza el crepúsculo.)

### ESCENA VII

ZAHARA y DIEGO ALGUACIL.

ALGUACIL

¡ Por fin, Zahara, que a solas contigo un instante quedo !

ZAHARA

¡ Para platicar de amores no es oportuno el momento, que entre el amor y la patria, la patria siempre es primero !

ALGUACIL

No vengo a hablarte amores, sino a decir que no puedo sufrir ya más los ultrajes y afrentas que padecemos, y que me voy esta noche a la sierra, con los nuestros.

ZAHARA

¡ Ese es tu deber ; ve y cúmplelo, que yo aquí tu suerte espero, para, si tornas triunfante, premiar, Alguacil, tu esfuerzo,

o para vengar tu muerte,  
si cayeses defendiendo  
con las armas en la mano  
la libertad de tu pueblo!

ALGUACIL

Sólo por estar ausente  
de tu amor marcharme siento...  
¡Estando lejos de ti  
me voy a morir de celos!

ZAHARA

¿Celos de mí? Mas, ¿por qué?

ALGUACIL

¡Porque es tu rostro tan bello,  
que el que lo mira no puede  
borrarlo de sus recuerdos;  
porque embalsaman tus labios  
a las brisas con su aliento,  
y el que respira sus rosas  
no puede vivir sin ellos!  
¡Celos de todo! Del aire,  
porque agita tus cabellos;  
del sol, porque en tus mejillas  
deja sus besos de fuego;  
de lo que miran tus ojos,  
de lo que tocan tus dedos  
¡y hasta del traje que vela  
los tesoros de tu cuerpo!...  
¡Y mira hasta donde llega,  
Zahara, mi ofuscamiento,  
que ha poco, cuando el de Válor,  
queriendo alzarte del suelo,  
te dió la mano, clavando  
en tus grandes ojos negros  
las pupilas codiciosas,  
tuve que hacer un esfuerzo  
terrible para no hundirle  
este puñal en el cuello!

ZAHARA

(Asombrada.)

¿Celos tú de don Fernando?

ALGUACIL

¡Hace tiempo que los tengo!

ZAHARA

Mas, ¿por qué?

ALGUACIL

¡Si se razonan  
los celos, ya no son celos!...  
¡Porque tú eres muy hermosa

y es muy galán el mancebo!  
¡Le miraste! (Violentamente.)

ZAHARA

(Con severa dignidad.)

No confundas  
el amor con el respeto.

Es nuestro señor. Desciende  
de nuestros reyes, de aquellos  
nobles kalifas que leyes  
a España y al mundo dieron...

¡Ni yo he de aspirar a tanto,  
ni él puede aspirar a menos!

(Aproximándose. Con sinceridad, pero sin apasionamiento.)

Parte tranquilo a la lucha...

¡Tuyos son mis pensamientos,  
mi corazón y mi alma,  
cuanto soy y cuanto tengo!

¡Las mujeres como yo  
cumplen lo que prometieron!

¡Y si durante la auseancia,  
al hallarse de ti lejos;  
mis ojos mirasen algo  
que no fuese tu recuerdo,  
me los arrancase, para  
castigar su atrevimiento!

### ESCENA VIII

Dichos, DON FERNANDO y EL CAÑARÍ. Por la puerta de la izquierda aparece el Cañarí seguido de don Fernando, disfrazado de morisco. Al verlos, los amantes se separan y se les aproximan.

CAÑARÍ

(A don Fernando.)

Aquí quedad un instante.  
Tú, Diego Alguacil, conmigo  
ven a ensillar el caballo  
y a prevenir los amigos.

Tú, la entrada de la casa (A Zahara.)

vigila desde este sitio,  
y prevén a don Fernando  
por si hubiera algún peligro.

(A don Fernando.)

Aquí estamos al momento...  
descansad, señor, tranquilo...

(Vase por la escalinata del torreón.)

ALGUACIL

(Marchando tras el Cañari.)

¡Dejarlo aquí con Zahara,  
vive Dios que es un suplicio!

### ESCENA IX

ZAHARA y DON FERNANDO

El crepúsculo empieza a declinar, ensangrentando las altas torres de la Alhambra. De la ciudad remota asciende un lejano repique de campanas que tocan a oraciones. La luz es suave y dulce, y una onda de poesía parece envolverlo todo. Don Fernando, como un sonámbulo, se acerca al último pilar del arco del aljibe, y, apoyándose en él, se queda un momento absorto en la visión de la ciudad. Zahara le sigue como una sombra, sumisa y tene. También sus ojos y su alma parecen perderse en la misma contemplación.

FERNANDO

(Como hablando consigo mismo.)

¡La hora ya ha sonado! ¡Cúmplase  
la voluntad del destino!...

¡Adiós, ciudad de mis sueños,  
pensil en donde he nacido,  
quizás no vuelvan a verte  
estos pobres ojos míos,  
que al despedirse se llenan  
de amargo llanto, lo mismo  
que si al dejar tus vergeles  
dejasen el Paraíso!

Ningún amante en el mundo  
¡adiós! dijo a su cariño  
con la ternura y la pena  
con que yo a ti te lo digo!

(Queda un momento inmóvil reclinado en el pilar,  
como ocultando su llanto y su tristeza.)

ZAHARA

(Como soñando.)

¡Granada, Granada,  
de tu poderío  
ya no resta nada!

Lloran elegías las aguas del río,  
y entre sus cristales ya no te reflejas  
como una sultana, la sien coronada  
de áureos minaretes y torres bermejas.  
Ya tus tejedores no entonan cantares,  
mientras sus telares

hilan las más ricas y frágiles sedas...  
Mudas se quedaron tus alfarerías...

¡Tan sólo las brisas lloran elegías  
entre los verdores de tus alamedas!

El agua, que en todo su frescor diluye,  
es llanto que eterno de tus ojos fluye  
llorando la antigua grandeza pasada.  
De tu poderío ya no resta nada...

¡Tu gloria, Granada,  
pasó como pasa, bajo el puente, el río!  
Hoy entre tus muros no hay un alarife  
que teja el ensueño de un Generalife  
con gemas y perlas y randas de encajes;  
ni al marcial estruendo de atambor sonoro,  
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,  
vestidos de plata y armados de oro!

¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería  
no invade el tumulto, ni la algarabía  
de hombres que discuten las lenguas ex-

trañas;  
ni sueñan princesas tras los alhamíes,  
ni en Bib-Rhambra quiebran, justando,  
[sus cañas,

gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

¡Ya por puerta Elvira  
la plebe de activos obreros, no mira  
pasar los botines guerreros... Altivos  
caudillos, de polvo, de sangre bañados,  
que arrastran cadenas de tristes cautivos  
por largas hileras de picas guardados;  
ni ve los camellos de las caravanas  
que vienen cargados

con oro y perfumes de tierras lejanas ;  
ni entre la arboleda que ensombra el ca-  
[mino  
contempla un relámpago de armas que se  
[aleja ;

ni de las antorchas a la luz bermeja  
levanta palacios dignos de Aladino !...  
¡ Ya el Darro no copia sobre sus cristales  
ojos negros entre nubes de almaizales,  
ni a beber sus aguas inclinan los cuellos  
mojando las crines, ágiles corceles,  
mientras de la luna los blancos destellos  
riman con la albura de los alquiceles !  
¡ Ya el Genil no riega  
las huertas floridas  
que pueblan la vega,  
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas  
soldados que tornan de alguna algarada.  
Su corriente gime como avergonzada :  
una pena eterna suspira en su canto,  
cual si en vez de aguas arrastrasen llan-  
[to !...

La Alhambra está sola. Entre la floresta  
ya no queda un eco de la antigua fiesta.  
Bajo los encajes de los ajimeces  
la voz de la guzla no solloza amores  
mientras entre aromas y entre ruiñeños  
da la luna al mármol áureas palideces.  
Ni en las alcatifas de sus patios mudos  
tejen odaliscas con los pies desnudos  
todas las lascivas danzas del Oriente  
entre los perfumes de los pebeteros ;  
ni por sus mosaicos resbalar se siente  
la espuela de oro de altivos guerreros...  
¡ Granada ! ¡ Granada !... ¡ Tu Alhambra  
[está en ruinas !  
Llorando hasta el Africa van las golon-  
[drinas  
a dar a tus hijos el triste mensaje,  
y tus nobles hijos lloran de coraje,  
ensillan los potros, empuñan la espada  
y aullando de rabia se van hacia el mar,

y al ver los perfiles de Sierra Nevada  
se postran de hinojos y gimen : ¡ Grana-  
y las olas lloran al verlos llorar... [da !...  
¡ Granada ! ¡ Granada !,  
de tu poderío  
ya no resta nada.

Lloran elegías las aguas del río  
y entre sus cristales ya no te reflejas,  
como una sultana, la sien coronada  
de áureos minaretes y torres bermejas !

(Queda un momento con la cabeza entre las manos,  
profundamente abatida.)

FERNANDO (Que la ha escuchado en silencio, apoyado en el  
arco del aljibe, se le acerca profundamente conmo-  
vido.)

Zahara, a mis pensamientos,  
como un eco han respondido  
esos trágicos lamentos  
que sin respirar he oído,  
como escucha el musulmán  
de hinojos en la mezquita  
la majestad infinita  
de los versos del Corán !  
¡ Veme, Zahara, llorar  
de impotencia y de dolor !  
¡ Ay, quién le pudiera dar  
a Granada su esplendor !  
¡ Y que en vez de esas campanas  
que en las iglesias cristianas  
repican las oraciones,  
resonase en sus confines  
el clamor de los muezines  
en los altos torreones !

ZAHARA

(Insinuante.)

¡ Si don Fernando Muley  
desenvainase la espada,  
Granada tuviese rey  
y fuese otra vez Granada !  
¡ Si don Fernando quisiera  
—brazos no le han de faltar—  
aun mirase su bandera  
en la Alhambra tremolar !

FERNANDO ¡Granada, Granada mía,  
ayer altiva sultana  
y hoy esclava de la impía  
y feroz turba cristiana,  
todo esfuerzo será vano!...  
¡Ya no tienes salvación,  
que en los brazos del cristiano  
has perdido el corazón!

ZAHARA (Con voz profética.)  
Humana grandeza,  
orgullo, belleza,  
poder, sentimiento...  
¡Todo, todo es viento,  
humo que se va!  
En los viejos muros,  
con trazos seguros,  
un día lejano  
le esculpió una mano  
que ni polvo es ya...  
Lo saben las flores  
y los ruiseñores;  
el ciprés lo siente,  
lo dice la fuente:  
—¡No hay más Dios que Alá!  
¡Plantar quiso en vano  
su cruz el cristiano  
en tus torres!... ¡Nada,  
Granada es Granada,  
¡siempre lo será!...  
Lo saben las flores  
y los ruiseñores;  
el ciprés lo siente,  
lo dice la fuente:  
—¡No hay más Dios que Alá!

ESCENA X

Dichos. CAÑARÍ y ALMENDARI, bajando precipitadamente por el torreón.

ALMENDARI Don Fernando, presto, presto,  
¡salvaos, señor, salvaos!

CAÑARÍ (Señalando a la derecha.)  
Al final de esta calleja  
os esperan los caballos,  
y un buen golpe de moriscos  
para poder escoltaros.  
De Granada salió fuerza  
para prenderos...

CAÑARÍ Hallaron  
a los soldados que iban  
el edicto pregonando,  
y ellos les dijeron donde  
estabais.

(Se oyen voces lejanas. Las campanas tocan a rebato. Redoble de atambores y arcabuzazos.)

ALMENDARI ¡Y todo el barrio,  
al conocer la noticia,  
en vuestro favor se ha alzado!

CAÑARÍ ¡No escucháis, señor, cual tocan  
las campanas a rebato?

(Las mujeres se asoman a las ventanas y a las puertas. El vocerío aumenta.)

MORISCOS ¡Viva Aben-Humeya! (Fuera.)  
—¡Viva!

ESCENA XI

Dichos, ALGUACIL y moriscos armados, que penetran por el torreón.

ALGUACIL ¿Dónde estás, señor? ¡Tu brazo  
ha de romper las cadenas  
que nos impuso el cristiano!

FERNANDO ¿Qué queréis de mí, moriscos?

ALGUACIL ¡Que nos salves, y salvaros!

ALMENDARI ¡Que al frente nuestro te pongas  
y del Albaicín salgamos!

ALGUACIL Que con nosotros te vengas  
a la sierra, para darnos  
la libertad... ¡Que tú seas  
nuestro rey!

FERNANDO (Decidido.) ¡Al campo vamos!...  
¡Y cúmplanse de mi estrella

los designios soberanos!...  
¿Una mano que os guíe  
os falta? ¡Aquí está mi mano,  
y a vengar va Aben-Humeya  
a don Fernando de Valor!

(Se va, seguido de los moriscos, por la calleja.)  
¡Viva Aben-Humeya!...

ALGUACIL  
MORISCOS  
ALGUACIL

¡Viva!...

(A Zahara.)

¡Adiós, Zahara! ¡Me marcho  
donde el deber me reclama,  
a libertar mis hermanos!

ZAHARA

(Despidiéndose.)

Mi vida se va contigo.

DAMAR

(Que descende por la escalinata.)

¡Que se acercan los cristianos!

ZAHARA

(A los moriscos.)

¡Huid pronto, que ya se acercan!

CAÑARÍ

Vosotras, pronto, a encerraros.

(Se van los moriscos por la calleja. El Cañari y  
su hija penetran en su casa. Los demás moriscos se  
encierran en las suyas.)

### ESCENA ÚLTIMA

DON ALVARO DE FLORES, DON LOPE DE ATIENZA, PRE  
GONERO, soldados; luego, ZAHARA, DAMAR y moriscos.  
Gritos y atambores que resuenan cercanos.

ALVARO

(A don Lope.)

Aquí hallamos al rebelde.  
En alguna de estas casas  
debe encontrarse escondido.  
Mas todas están cerradas.

LOPE

ALVARO

(A los soldados.)

¡Llamad, y si no contestan,  
que al suelo las puertas caigan!

SOLDADOS

(Golpeando las puertas.)

¡Abrid al rey!... ¡No responden!

ALVARO

¡Sin compasión saqueadlas,  
y que no escape ninguno

de los que hay dentro!...

(Los soldados echan abajo las puertas.)

La plaza

LOPE

vos vigilad, capitán,  
en tanto que estas moradas  
registro, a ver si en alguna  
encuentro al rebelde. ¡Gracias  
por vuestra ayuda, don Alvaro!

(Entrá en una casa.)

ALVARO

¡Ya comienza mi venganza!  
¡Oh, si la casa de aquella  
morisca yo hallar lograra,  
la humillación de esta tarde  
daba por bien empleada!

PREGONERO

(Señalando la casa de la izquierda.)

Aquí, don Alvaro, vive  
la morisca más bizarra  
de todas cuantas encierran  
del Albaicín las murallas.  
La de esta tarde...

(Resuenan gritos y arcabuzazos.)

DAMAR

¡Socorro!

(Dentro.)

ALVARO

(Al pregonero y a un soldado.)

Forzad la puerta.

PREGONERO

(Obedeciendo a don Alvaro.) ¡Está franca!

ALVARO

(A los soldados. Entrando.)

¡Pues a ella!... A ver si logro  
saciar en su amor mis ansias!

DAMAR

¡Piedad! ¡Amparo! ¡Socorro! (Dentro.  
Aparece don Lope. Tras él, dos soldados arrastran  
a Damar.)

LOPE

(A Damar.)

¡Lo que es tú, ya no te escapas!...  
¡Dinos pronto, mala pécora,  
donde el de Valor se halla!

DAMAR

¡No esperes que yo os lo diga,  
vuestra empresa será vana!

LOPE

(A los soldados.)

¡Pues avivad esa hoguera  
y arrojadla entre las llamas!

DAMAR

Y conmigo, hecha cenizas,  
se extinguirán mis palabras.

- SOLDADO 1 (Saliendo de una casa con las manos llenas de joyas y dirigiéndose a otros soldados.)  
¡Mirad, mirad estas perlas  
y este collar de esmeraldas!...  
¡Valen más de cien ducados!
- LOPE (A los soldados que sujetan a Damar.)  
¡Pronto, a la hoguera arrojadla!
- PREGONERO (Saliendo de casa de Zahara con el soldado 2.º)  
¡Qué envidia tengo a don Alvaro!
- SOLDADO 2 ¡La suerte es para envidiarla!
- PREGONERO Se defendió la paloma,  
mas clavó el halcón sus garras...
- UN SOLDADO HERIDO (Que penetra por el torreón y se dirige a don Lope.)  
Capitán, todo este barrio  
se ha revuelto. La canalla  
nos acomete. El de Valor  
por esta pendiente baja,  
queriendo ganar el campo  
para escapar de Granada.  
Pues tocad marcha al momento...  
¡Vamos allá, camaradas!
- (Los tambores tocan marcha. Vanse todos precipitadamente, abandonando a Damar, que forcejea por romper sus ligaduras. Aparece don Alvaro, sin capa y sin sombrero, y le pregunta a un soldado que huye.)
- ALVARO ¿Qué pasa? Ya se ha cumplido,  
¡vive el cielo!, mi venganza.
- SOLDADO ¡Vámonos por la calleja,  
don Alvaro, que se escapan!
- (Se van. Las mujeres salen desgrefiadas y horrorizadas a las puertas. Suenan arcabuzazos y gritos.)
- MUJERES ¡Maldición sobre vosotros!  
¡Del cielo el castigo caiga!
- DAMAR ¡Que jamás brote una espiga  
donde pongáis vuestras plantas,  
y que hasta la misma tierra  
para tragaros se abra!
- ZAHARA (Que aparece, como loca, desmelenada, con las ropas en desorden.)  
¡Capitán, capitán Alvaro Flores,

que estas mismas pupilas que han mirado  
tu infamia, te contemplen devorado  
por la lepra de todos los dolores!  
¡Aun cuando pidas a la tumba abrigo,  
de mí no has de escapar, pues donde  
[quiera  
que vayas, mi venganza, astuta y fiera,  
como una sombra marchará contigo!  
¡Ella envenenará con su ponzoña  
el aire que respire y la fuente  
que bebas, y en la fosa eternamente  
devorará insaciable tu carroña!  
Será en tu corazón gota de plomo  
y ceguera de muerte en tu mirada...  
¡Ya verás, capitán, ya verás cómo  
se vengán las mujeres de Granada!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO